

rature (1975-2008), análisis realizados desde perspectivas complementarias, cuya clave es el tratamiento de la temática de la guerra. En definitiva, una obra de consulta imprescindible para cualquier investigador o persona interesada en la temática.

VERÓNICA POUSADA PARDO

MORA, Vicente Luis. *El sujeto boscoso*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2016, 382 pp.

El 4 de marzo de 2015, el poeta Carlos Marzal escribió en su muro de Facebook: «O se escribe literatura del yo, o se escribe del ego: que es la literatura que aparenta no hablar del yo». No es común ni quizá sea muy oportuno empezar una reseña mencionando un estado de Facebook, pero sí puede serlo si consideramos que el estudio que vamos a analizar es un trabajo sobre el sujeto excesivo en la poesía española contemporánea, es decir, posmoderna; y sobre las subjetividades de sus autores, es decir, la manera en que cada cual canaliza su vanidad, su identidad, su narcisismo, sus *likes*. José-Carlos Mainer ya advirtió en un reciente artículo en *Babelia* que el adjetivo posmoderno huele ya a puchero de enfermo. Lo cierto es que ese adjetivo molesto ha acompañado a nuestra poesía de los últimos decenios, y no la ha abandonado del todo, o no todo lo que los autores posmodernos desearían. Una poesía que abandona la integridad, pero no el ego, como buen enfermo que resiste y ve cómo resiste.

La búsqueda de la identidad suele revelarse en un reconocimiento propio desde lo ajeno, desde lo que es extraño, y desde su particularidad justificamos nuestra incertidumbre, nuestra falta de quietud, nuestra necesidad de perspectiva. Todo lo que rodea y perturba al sujeto viene siendo el eje central en las investigaciones de Vicente Luis

Mora, poeta, narrador y crítico de reconocida trayectoria que ha conectado en su investigación todas estas facetas en un ambicioso proyecto sobre los excesos laberínticos del yo en la literatura española. Esta idea que comenzó a fraguarse hace más de una década, ha dado sus frutos concretos en los últimos años. En el 2013 publicó *La literatura egódica*, donde examinaba estos mismos excesos pero centrados en la narrativa española, desde un yo que se sobrenarra (*ego/dicere*). Ahora con *El sujeto boscoso*, trabajo con el que ha obtenido el I Premio Internacional de Investigación Literaria «Ángel González», se enfrenta quizá al nivel superior del desparrame personal: el poeta español de hoy. El poeta de nuestro tiempo.

En *El sujeto boscoso*, Vicente Luis Mora lleva a cabo un profundo ejercicio de mostración desde un despliegue de citas y notas que bien podrían haber dividido este volumen en varios ensayos o tesis doctorales. El propio autor pone a disposición del lector que se quede con ganas de más (bendito sea) un suplemento digital de este estudio en la web de la editorial Iberoamericana, suplemento que recoge un amasijo de citas y ejemplos de las que el autor acabó prescindiendo para la versión definitiva, pero que no dejan de esclarecer e incidir en su minucioso muestreo sobre el sujeto literario.

El libro está dividido en cuatro grandes bloques que tienen el mismo fin: desgranar los distintos relieves del yo contemporáneo para identificar así el enmascaramiento del sujeto, su existencia en el otro, su anulación, su vida plural y enmarañada en símbolos y negaciones de símbolos. Este ejercicio de mostración de las topografías más amplias y casi inverosímiles del sujeto es, más que un ensayo filológico sobre poesía última española (a partir de 1978), un estudio sociológico y antropológico sobre la identidad de unas personas que escriben, y que conforman el hábitat de un género con cada vez menos repercusión o identidad colectiva y a su vez más conflicto individual y generacio-

nal. La cita de Walter Benjamin que abre este estudio es esclarecedora para toda la propuesta posterior: «Si escribo un alemán mejor que el de la mayor parte de los escritores de mi generación, esto se debe en gran parte a que durante más de veinte años he respetado una única y mínima norma. Consiste en no utilizar jamás la palabra yo, salvo en las cartas». La jerarquía del yo desde los primeros coqueteos con el lenguaje se ha traducido en nuestro individualismo, y de ahí han brotado los infantilismos contemporáneos de los que no se ha librado la poesía adulta ni la culta.

De un siglo XX titubeante con respecto a la identidad, al porvenir, se ha pasado a un siglo XXI, a un tercer milenio, donde el exhibicionismo, el consumo y el control de la imagen proyectada han marcado una dictadura del ego globalizado. Y entre todo esto, qué camino o tendencia o inercia toma el poeta. El autor se apoya en la bifurcación que de la poesía española contemporánea hizo Laura Scarano: «una línea de apertura del discurso literario a otros discursos sociales, del sujeto monopólico a otras instancias de enunciación, del lector convencional a otros circuitos receptores, produciendo un efecto de permeabilidad discursiva; una línea de fractura de los conceptos totalizados y absolutos de la modernidad literaria, del yo, del poema, del lenguaje, del quehacer artístico en general» (21).

Desde estos dos grupos, que recogen casi todas las tendencias actuales de la poesía, una más ensimismada y otra más de indagación, va a desarrollar el autor su estudio sobre la ficcionalización del sujeto, sobre su disolución y su crisis de identidad, su construcción o deconstrucción subjetiva, la otredad, y la relación simbólica de todo este «continuo artificial de la personalidad», que recuerda Roland Barthes. Esa búsqueda de la identidad es una mirada del yo hacia las circunstancias externas que va a ir evolucionando desde el Romanticismo, donde el *yo es otro* y la pasión por lo extraño equili-

braba el narcisismo que aún no era tan asumido, hasta la transición difusa entre lo moderno y lo posmoderno, que reconoce al yo como algo no concreto, algo que no se puede entender y que no responde, y que tiene más que ver, como indica Mora, con la tensión subjetiva inherente del sujeto, «de bases hegelianas y psicoanalíticas».

El espejo es uno de los elementos centrales en la disolución del yo que en este trabajo se propone, ya sea como símbolo de terror, de negación o trauma, de maltrato o engaño; ya sea como un instrumento que perfila nuestra identidad, y que dibuja la apariencia externa, la expresión y el contorno de lo que somos. Esa manera de pararse a mirar y no atender a un ritmo impuesto desde fuera sino al de nuestro gesto que diluye o confunde nuestra identidad y que empuja al sujeto a la *notredad* y al correspondiente desorden psicoanalítico, va a ser la continua base de lo que el autor propone: «Cuando me planteé años atrás el modo de afrontar una problemática tan compleja como la disolución del yo en el texto literario, parecía fundamental encontrar una teoría que hubiera puesto en su seno una tensión semejante a la del sujeto consigo mismo; a ser posible, una teoría que además de tener esencialmente ese conflicto interno se hubiera ocupado además de observarlo *en el sujeto contemporáneo*, al ser coetánea la literatura en estudio» (74). Y esa teoría la va a encontrar en el concepto de tensión inherente expuesto por el filósofo esloveno Slavoj Žižek, que ejemplifica la fricción entre los extremos de cualquier unidad, es decir, que de todas esas brechas abiertas en un mismo individuo emerjan de manera independiente los modos más plurales y violentos de la disolución del yo para que el poeta alcance así la tensión necesaria sobre el lenguaje, el desarraigo de las palabras, y de uno mismo, del que hablaba Octavio Paz en *El arco y la lira*. Todo ese conflicto lo recoge Mora en distintos tipos del yo, que siempre acuden a una lucha interior, a alguien

inseguro que afronta sin mucha certeza la labor de decir lo esencial con no demasiadas palabras: yo líquido, yo vacío, yo dramático, yo como ficción parabólica, yo distanciado, yo ajeno, yo fingidor, yo adversario, yo impostor, yo intruso, yo doble, yo fracturado y el yo como Nadie o *notredad*. Demasiado corazón, que cantaba Willy DeVille, para seres normalmente tan volátiles, tan necesitados. Dentro de cada particularidad, estos tipos de yo no responden a estructuras fijas y sí a particularidades desde las que fluctuar a la hora del poema en la fluidez o maleabilidad de su personaje, en su comportamiento social y verosímil, en el sujeto ausente o prisionero del yo, entre otros casos, donde el espejo (roto o no) se utiliza para matizar, definir o recomponer una realidad particular; o es en sí mismo referente único, *estadio* definitivo, como explicaba Lacan, para el desarrollo mental. En nuestra poesía contemporánea se ha impuesto el poeta objetivo

del que hablaba Robert Browning, que pretende crear una interpretación personalísima de la realidad, ya sea auténtica o distorsionada, donde el yo habla con el propio autor, lo ficcionaliza, lo desmiente o lo consuela. Apuntaba antes Cernuda: «Detesto la intromisión de la persona en lo que escribe el poeta».

Parece que mientras los poetas reconstruyen sus aparatosas identidades los lectores se han marchado, como dijo Guillermo Carnero, persiguiendo a un saltimbamqui. Y quizá hagan bien. Todas estas construcciones y deconstrucciones, estos armamentos desproporcionados, también nos recuerdan que al poeta no se le exige nada nuevo, que de todo ese yo boscoso al final lo importante es que emerja una voz, un hilillo concreto que de repente diga cosas simples y esenciales.

ALEJANDRO SIMÓN PARTAL